

en ellas mientras encendia un cigarro en la tienda de en frente? ¿No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma? — ¿Qué fue ello? — Nada, reparad al mancebo que la vuelve á echar al hombro con ligereza; apostaria á que la niña ha burlado las precauciones de un padre tirano: el fusil encierra el misterio del amor. Jamas parte de una victoria fue conducido con mas alegría.

Pero ya la campana de San Millan y San Cayetano llama á los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados calesines abandonan el puesto; y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderemos: el que intentábamos dibujar por hoy concluye aqui.



El patio del Correo.

Madrid es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afan de figurar, el deseo de descanso, tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista como en una linterna mágica todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Eslo indudablemente, no tanto por su situacion topográfica, como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse á Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes; ó en las heladas márgenes

del Newa, se dispudiesen citándose “para la Puerta del Sol.” Pero aun hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razon, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es *el patio del Correo*, y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire, y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un ser indiferente ó desdeñoso, al paso que logre escitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante. — ¡El patio del Correo! ¿y qué hay en el patio del Correo? Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que mas bien puede llamarse albergue de borrachos y escarriados, una escalera postiza, tres ó cuatro ventanillos cerrados y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha ó de Jordan hasta los mas imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas. De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el señor *Curioso* que hoy nos enseña su linterna, harto será que no consiga escitar los bostezos del auditorio.

— Poco á poco, señor indiferente; poco á poco, y antes de juzgar de las cosas por su super-
:

ficie procure usted enterarse un tantico de su fondo. No, sino dé cuatro paseos, y aguarde un rato en esta galería, y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mí santiguada que es un necio, ó yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza: Victor Hugo es quien lo dice, que "los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos." Vea usted sino los nuestros en literatura. *Direccion de cartas*: no haga usted caso; por ahora no rige, pues por muy bien que usted las dirija, es lo regular que no logre darlas direccion segura; deje usted, que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. No se acerque usted á leer ese cartelito *Curacion de la vista*, no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso: deje á un lado el *Manual de Madrid*, que es libro caro y puede pedirlo prestado en la posada. No haga caso del *Segur*, porque segun va menudeando tomos á 24 rs., es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su Historia universal, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos; y

en cuanto á aquella otra publicacion *Mariana y Sabau*, por Dios no vaya á tomarla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leía el poema de Florian, y preguntándola cómo concluía, respondió sinceramente: “¿En qué habia de concluir? en que Numa se casó con Pompilio, y todo quedó arreglado.”

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos. — “*El. sugeto. gue. forma. la. pressente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. dela. lengua.. Suplica. no. le. rasquen. ni le boren.*” — “*Un sugeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Señor comerciante, ó Abogado ó Curial, para tenedor de libros ó administrador.. Sabe todo lo necesario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no le engañen.*” — “*Un joven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion.*” — “*Con permiso del casero se le traspasa á quien le convenga: una tienda sita en las quatro calles esquina á una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos.*”

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas! — La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mu-

geres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trages y modales, acentos y aun idiomas tan varios como nuestras variadas provincias: vascuence y catalan, andaluz y valenciano mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las recientes listas, y buscan con ansia la inicial de su nombre, y algunos (los mas) no encontrándole en ella le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho, pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramete una al sobre N. Marques, sin reparar que él no es Marques, sino Marquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo, no sin grave remordimiento; cuál faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería. No hagamos caso de aquel grupo de militares en trage de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que recostado en la columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos no nos

dejarán tiempo para observar lo demas: dejémosles, pues, *stereotipar* en sus cabezas la tal carta para ir la á recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café Nuevo y en el del Príncipe.

Dígole á usted que yo no he sido. — Yo sostengo que ha sido usted. ¡Infamia! sacarle á uno las cartas del correo. — Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa. — Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano: ¿no hizo usted lo mismo con los folios 86 al 97 inclusive de los autos? — Usted me insulta. — Yo no digo mas que la verdad. — Sino mirára. — ¿Qué...? (Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.) El caso era muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo que esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista; antojósele saber lo que le decían, y la sacó tambien (¡malicia humana!): llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!): empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira salir del patio á su antagonista, y ¡aquí fue troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba en efecto señales nada equívocas de la verdad del hecho (1).

(1) Si en el Correo de Madrid se siguiera la práctica que

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el extremo opuesto del patio. Un marido habia visto en la lista de militares el nombre de su muger. ¡Una carta del ejército á mi muger! ¡Si será este el conducto por donde envian los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mugeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta, pero se le responde que un chicuelo acababa de sacarla. ¡Oh ligereza femenil! Lo demas de la escena pasaria *en familia*; no lo sabemos, solo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstantes (¡narices políticas, qué no oleis!) repararon que el sobre no tenia sello, y que por consecuencia la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba á asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su muger por precaucion &c. Nadie lo creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente que estaba en autos conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué espresiones tan raras y variadas en las fisonomías!

en el de Londres no sucederian estos lances. Allí cuando uno reclama una carta da las señas de su casa ó las pone en la lista á continuacion de su nombre, y se la llevan los carteros, con lo cual no puede haber sustracciones malignas.

¡cómo descubren el secreto del alma! Aquel agudador que sentado en su cuba delecta los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caído quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? ¿Sino tiene carta, para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para hallar su nombre tiene que leer toda la lista, hasta que ya se cansa: mira al rededor como demandando auxilio, ve al del lente, este se adelanta á ofrecer sus servicios: no hallan la carta, pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de voluntad. ¡Es tan natural á una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Sería nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se pára sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado

recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mugeres un papel de desafío; el que... ¿Pero adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo, todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente, con que merece alguna atencion...? Mas... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo, la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.



Das casas de baños.



I.

La costumbre del baño es tan natural, que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza, que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por los rigores de la estación, ya por la irritación de las enfermedades. Mas tarde el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre, y los pueblos antiguos nos han dejado testimonio de la ostentación y grandeza con que en ellos se sostenía.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina *Ulisea*, nos habla ya de estos baños, dando á entender que se hallaban cerca de los gimnasios ó palestras para entrar en ellos al salir de los ejercicios. Tambien Vitrubio nos ha dejado una

descripcion circunstanciada de ellos, diciendo que se componian de siete piezas diferentes, intermedias de otras varias destinadas á los ejercicios.

Los romanos, habitantes de un clima meridional, y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia la costumbre de los griegos, y desde el tiempo de Pompeyo, segun Plinio, empezaron á construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresion asombrosa. Agripa, solo en el año de su edilidad, hizo construir ciento setenta. A su ejemplo Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir á ellos con el pueblo, viniendo á tal extremo su profusion, que se asegura haber llegado á ecistir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los paises que dominaron, y en particular la del baño fue tan estendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un pais lo primero que hacian era edificar *thermas*, asi como mas tarde los españoles construían una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fue España la menos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos,

y estos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominacion de los últimos por la influencia que ademas del clima la daba su religion. En efecto, asi sucedió, y aun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del Mediodia, Granada, Córdoba y tantas otras. En *Magerit* mismo (Madrid) habia baños públicos en la calle de Segovia, por bajo de la parroquia de San Pedro, y hay tambien quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadú* que estaba alli cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea-duo*, si bien otros con mayor fundamento suponen á dicha palabra contraccion de los árabes *Bal-al-nadur*, que significa *puerta de las Atalayas*.

Pero los árabes y los turcos, que son entre los pueblos modernos los que han conservado un uso mas habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él entran por lo regular en un *sudatorium* ó estufa caliente por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde alli vuelven á trasladarse al baño caliente, haciéndose antes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias esquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fue tan general la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magni-

ficencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, á mediados del siglo pasado un Mr. Alvert estableció en París cerca del muelle de Orsay una casa de baños, que aunque no mas que mediana abtuvo por la novedad una boga singular, y fue considerada como un fenómeno de industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos en que el lujo y el buen gusto compiten á porfia poblaron el rio, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera que no sin razon se ha dicho que en París hay en el dia tantos medios de lavarse como de volverse á ensuciar. Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientos setenta y cuatro pilas fijas y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay ademas cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el rio, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mugeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y cuatro millones de reales).

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto un carácter tal de voluptuosidad y encanto que constituye un placer verdadero, no limitado como entre nosotros á la estacion de verano y á una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año,

con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada dia mas tan numerosos é importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo; la civilizacion y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulacion los capitales alimentan la industria, dan aplicacion á las ciencias y á las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita á los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kiosks* cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas, los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo iluminado por lo alto, los *chinos* con sus torrecillas armónicas, los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natacion sobre el rio Sena, los de *Tívoli* elegantes y variados, las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilizacion de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es solo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias fisicas y químicas, haciendo aplicacion de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas de todos los paises y de todas las especies. Barge, Baigneres, Plombieres, Aix, Spá, Bath, Neris, Saint Amand, Badén, todos los manantiales, en fin, mas famosos de Europa han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tívoli

francés. En las Neothermas se hallan tambien los baños *egipcios*, en donde los bañadores, perfumados y frotados de pies á cabeza por manos ágiles como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. "*Las venerables dueñas (dice una descripcion un poco alegre de este establecimiento) salen de él con el rosado de la aurora, los especuladores y usureros mas comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia á los Hércules de teatro, y aun á los pretendientes del dia.*"

Añádase á todas estas circunstancias elegantes, cafés y fondas donde se sirven variados y exquisitos manjares y bebidas, jardines pintorescos, gabinetes de lectura y una sociedad numerosa y amable todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo mas ecsigente, y se formará una idea aprocsimada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de él, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar á la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste mas de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la

calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginacion. Pero como ella sea tal que una vez ocupada de un objeto, tarde ó nunca llega á desasirse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvía, y me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacia mi agitacion, nada como ellos podría conseguir calmarla. Y no hubo mas, sino que el alma así predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto á buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí á la primer casa de baños que á mano tenia.

II.

La calle de los Jardines estaba allí cerca; con que á la calle de los Jardines fue mi direccion. No era sola, á decir verdad, aquella razon de proximidad la que me inclinó á darla la preferencia; otro motivo aun mas poderoso tuvo no poca parte en mi determinacion. Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace muchos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposicion sencilla y *sin disfraz* que tanto satisfacía á nuestros padres; pensaba con interes ¿se creará? en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo,

la desnudez absoluta de adornos y atavíos, y procurando desechar de mi imaginacion el recuerdo de los magníficos baños estrangeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas ¡qué delirio! el placer y la alegría de mi niñez. Mas ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo que un dia hubo de bastar á las necesidades de la corte de dos mundos, ya no ecsiste, y de toda su forma material solo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguia: "Casa de baños del Cura." *Hic Troja fuit.*

Por fortuna hallábame en calle donde me era facil aun escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la *Cruz* y el de *Mena*, que podrian muy bien suplir al que buscaba. Dirigíme al primero, que me pareció semejarse mas á la sencillez *patriarcal* que la estravagancia de mi imaginacion me hacía desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi expectativa, pues en toda su disposicion, orden y mecanismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fui dueño á contener la persuasion de que el alma del cura fundador de aquel podria muy bien haber transmigrado á la acera de en frente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur con los treinta grados, la hora cómoda de la mañana y la centralidad de la calle, habian llamado tanta concurren-

cia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patiecillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié generosamente á bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslacion corporal á la inmediata del rincon, que me pareció algun tanto mas en el progreso del siglo; pero muy luego hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí, como podrian ser los baños en tiempo de Adan: media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior bien caldeadita, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean, y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podria revolverse. Pero tambien, grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que habia que tomar billete y esperar turno, y contar dos horas sin otra distraccion que el Diario, ó el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido á la maniobra de dos hombres sacando agua cubo á cubo de un pozo de noventa pies de hondo para bañar al numeroso público espectador y espectante... Yo no pude resignarme á aguardar en esta monotonía, y por otro lado como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas y *sine Cerere et Bacò friget*

Venus, y en aquel sitio no se sirve mas que el agua *en seco*, recordé que no lejos de alli estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, á quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura á la parisien; y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natacion y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Dirigíme, pues, á los baños del Caballero de Gracia, que ya conocia; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero resuelto á no salir de alli sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse á aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo mas útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y un buen vaso de vino de Bordeaux (circunstancia entre paréntesis que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en ojear algunos periódicos nacionales y extranjeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié á la política (en lo cual

no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico* papel de observador.

Yo no sé si será ó no fundado mi capricho, pero nunca me parece mas interesante una muger hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfaccion del semblante que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado, y sobre todo, si un largo velo encubre á medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convendrá conmigo en la ecsactitud de la observacion? Muchos, los mas de los concurrentes debian ser de este modo de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veían aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiracion, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que de miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con mas rapidez que si fuesen deslumbrados por impreviso relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatía de situacion, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion

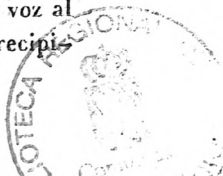
principal sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan á embellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza en que solo le aventaja un viaje en diligencia, y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en cuatro dias frecuentando unos mismos baños. ¡Ya se ve! ¡Son tantas las ocasiones para entablar correspondencia en ellos!

La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura estraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el... hasta el Boletin del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de *pie* para entrar en relaciones con una linda boca: ademas entre el círculo de concurrentes en Madrid á todas partes, es tan regular conocerse todos, ó de vista, ó de oido, ó de... de cualquier modo, que las mas de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa Catalina ó en Abrantes, se habla de la ópera y del tenor nuevo, se rie del *Maniquí*, se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdilla del dia, se pone en berlina á la persona que acaba de salir, ó se dicen dos palabras al oido acerca de la que acaba de entrar; todos estos *nadas* oportunamente colocados sirven de liga á voluntades inflamables, de iman á corazones sensibles; y luego al salir, una mano ofrecida pa-

ra subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia... ¿Qué mas para acabarse de abrasar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones mientras que figuraba leer la gaceta como si fuese cosa de interes, cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino á llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada á un brazo de cierto amigo mio, de estos amigotes que uno tiene que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra á pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; marqués sin título, militar de paisano, elegante talla, figura espresiva, trage noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme mas palabra fue á conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian, pero sí reparé en el recien llegado un aire de distraccion é impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas á cierto baño cerrado que tenia yo á mi izquierda. Revolvíame en congeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño, acertó á salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hízonos una profunda inclinacion, y aun estaba yo correspondiendo á ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72. — "Aquí está," — contesté precipi-



tado echando mano al bolsillo; pero aun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenia agarradas entrambas manos, y me conjuraba por *nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba *la existencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente, pero esto de irse sin bañar despues de dos horas de espera era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado á hacer con él un convenio, cual fue dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme á otros baños; y sin volver atras la cabeza salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

¡Qué necedad! (iba diciendo entre mí) ¡extraño modo de alimentar una pasion! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡este es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor! Pero entre tanto ¿será posible que esté yo condenado por todo el dia al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible...? — “¿Adónde, señor?” — “A la mejor casa de baños de Madrid;” y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel á la impresion del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaria; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaria versado en este como en otros puntos, y con efecto no me en-

gañé, viéndole dar cabo á nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto por detras de la parroquia de Santiago. "Estos (me dijo al apear-me) son los baños de la Estrella."

Un poco tarde, es verdad, amanecia para mí; pero me dí por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposicion del edificio, su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salon, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con alguien mi sensacion, me dirigí á un sugeto muy formal que acababa de dejar un periódico: entablamos, pues, un diálogo apologético de la casa, del cual vino á subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

"No lo estraño (me decia el descansado caballero): yo soy un bañador veterano, que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y asi que, conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera línea los que usted visitó esta mañana, que se abrieron durante mi juventud con grande asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta allí á bajar por sendos nueve dias á sumergirse en el frio y seco Manzanares bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de mo-

distas y artesanos; diríale también algo del famoso *Berete*, de su célebre casa en la plazuela de Lavapies, y de la concurrencia que supo atraer á su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar, por la módica suma de cinco reales, las esterioridades de las abonadas de la calle de la Comadre, ó del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarían mi *revista de inspeccion*; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria en la Puerta del Sol; los antiguos de Santa Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas mas; los vecinos de Oriente, mas abajo de estos, que fueron los primeros que dieron á conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza ó Fuencarral; estos, en fin, en que estamos, que segun mi corto saber y entender son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona." — 'Todo esto está muy bien, replicaba yo, y sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos buenos y malos, y en todos ellos como unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros paises? Y

sin hablar mas le dí á leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman á mi número, y al entregar mi billete ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marqués, el de los baños de allá bajo, el del trueque, el... — ¿Cómo, qué es esto, viene usted á disputarme la vez aqui tambien...? — No, amigo mio, vengo á abrazar á usted, vengo á darle las gracias porque me ha proporcionado la mayor felicidad... lea usted... lea usted... y me dió á leer un pedacito de papel en que habia mal escritas con lapiz estas palabras misteriosas: "*Esta noche... á las nueve... dos golpecitos á la puerta... fidelidad, amor y secreto.*" — ¿Y qué tiene que ver con...? — Detras del espejo del baño: ¿qué quiere usted? ¡el amor...! este es un medio como otro cualquiera. — Ya no me extraño de que usted tuviera tal interes... — Sí, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya usted, vaya usted al baño; yo le aguardaré para conducirle en mi coche, y de paso podré contar á usted toda la historia. Advierta usted que se le recomienda el *secreto*. — ¡Ah! pero entre amigos íntimos... — Tiene usted razon, señor de... ¿Cómo es su gracia de usted?

Entré en la pieza del baño, encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto...! creía no encontrarme en Madrid... por fin, me metí en el agua y... callé.

El sombrerito y la mantilla.



Los autores extranjeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias, han repetido que la capa oscura en los hombres y el vestido negro y la mantilla en las mugeres presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista acostumbrada á mayor variedad y colorido. Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso esta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el mas preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832: ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya mas vuelo, mas movimiento á la fantasía; en es-

to como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos mas graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podria oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que convencida de su impotencia ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rígida: es á saber, *el capricho*.

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados á la fantasía: cada cual pudo crearlos á su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aqui nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trages y adornos: el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el dia es mas bien una idea animada, una espresion del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabida aplicacion de los colores á las pasiones; hartos estamos ya de zelos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinacion de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido, ¿quién no reconoce aquella espresion del alma, aquella parte animada que podremos llamar *la poesia del traje*? Y siendo éste libre, como lo es en el dia, ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Asi los anchos pliegues, las mangas perdidas,

los ajustados ceñidores serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y románticas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería las plumas; el orgullo los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería que luego no se dé á conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo ecsactitud, pues como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las voluntades. Arrastrados á su terrible carro, veíanse correr hombres y mugeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños: la figura raquítica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas: la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca: la esbeltez del cuerpo sufría los pliegues que cupo darle á la obesidad: el hermoso cuello gemia bajo el yugo que disimulaba el feo; y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decian á la del color de ébano... ¿Qué significaba entonces el vestido relativamente á la persona que le llevaba? ¿Qué queria decir una jóven fria y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnicion de su vestido? Nada, absolutamente nada, solo que *era moda*: que la modista ó el sastre lo querian; el traje no era mas que la espresion; el sastre la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece

tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridículo hasta el pretender reducirlas á precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demas; la seda sobre el hilo, el bordado sobre el dibujo; recórranse sino esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y díctense despues reglas fijas é invariables: telas de todos los colores y dibujos, trages de todos los tiempos y naciones han sustituido á la inveterada capa masculina, á la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado cuanto perdido en nacionalidad ó españolismo.

Una de las innovaciones mas graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitucion del sombrerillo estrangero en vez de la mantilla, que en todos tiempos ha dado celebridad á nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre, pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. El sombrero era un adorno puramente de corte; como los uniformes y las grandes cruces *imprimia carácter*: no hace muchos meses que una señora *de gorro*, era equivalente á una señora *de coche*; y si tal vez se atrevia á pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corria peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada la esposa del rico comerciante ó la hija del propietario osaban aspirar al adorno de

la aristocracia, al sombrero; y eso para lucirlo en las heras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon. Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de dia en dia, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas estan mas bonitas, y quien asegura que las feas estan mas feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mugeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles estan por las flores, cuáles por la paja; estas por el gró, aquellas por el raso. ¡Terrible alternativa! ¡profunda y difícilísima cuestion!

Todas estas reflexiones y otras muchas mas se habian agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite esplayarle, limitaréme á indicar lo mas esencial de él.

Dias pasados tuve que ir á visitar á la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al

matrimonio respetable y á una hija única que frisa con los diez y nueve abriles, y á quien por legítimo derecho vienen á parar los 40 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fui llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tio, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colegio de *Blois* y la *Escuela politécnica*. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos; era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal, con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Asi lo debió sin duda de pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacía que el estrangerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquel se habia retirado á descansar, y las damas madre é hija se hallaban regañando á la sazón con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traía á prueba: apenas hicieron al-
to de mí, de manera que mientras duraba aquella *polémica* tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede

calcularse lo que duraria la tal sesion; pero de toda ella solo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demas diálogos y escenas que mediaron con éste luego que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesía y atencion con las damas, atencion que respecto á *Serafina* (que asi se llama la criatura) tenia todo el carácter de la mas fina galantería. “ ¡ Es encantadora ! me decia por lo bajo ; pero lo que mas me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses ; la misma espresion , los mismos modales , el mismo metal de voz... ¡ Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase ! ” — Sin embargo , le contestaba yo , no hay que desaminarse , amiguito , acaso no será la última.

Era ya la hora del paseo , y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir . Dejáronse , pues , ver en todo el lleno de su atavío , y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir á la modista : el mayor gusto y elegancia habian dirigido su hábil tijera ; rasos lisos y floreados , blondas esquisitas , bordados y pedrerías , nada se habia economizado en aquel momento ; pero sobre todo me llamó la atencion el gracioso sombrerillo de la niña , que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras también; yo igualmente; con que todos lo estábamos: en esta conformidad nos íbamos á dirigir al Prado, cuando acertaron á llamar á la puerta. Abrese esta y aparece *Paquita*, la prima de Serafina, que con su papá y hermanos venia á saludar al recién venido (también su pariente), y á convidarle á la función de toros de aquella tarde. ¡Ah! se me habia olvidado que era lunes y que habia función de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnición en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brio sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Betis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término,

dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y mas que todo el asombro y distraccion que se leían en el semblante del recién venido. Cambió la escena: la cortés galantería de aquel se trocó en indecision y aturdimiento; la satisfaccion de Serafina y su madre en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luego que tendria que hacer los mismos oficios con la hija. Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni mientras la funcion, ni al tiempo del regreso, fue posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar respecto de las damas de casa el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser muy poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á explorar la disposicion de los ánimos, y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo estrañé, á la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar á mas de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin mas adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros, un gracioso nudo á la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la ha-

cian aparecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaria en compararla á *la vírgen de los primeros amores*.

Mas... ¡oh fuerza del sino, ó mas bien sea dicho de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creía mas adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro mas fino por cierto que el que podrian usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas; un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie, una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel á la cintura, el pelo recogido tras de la oreja, y una cara... la propia cara, en fin, espresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse, las damas á anublarse, yo á cuidar de la amable Serafina; y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi esplicacion con el galan, llegué á conocer que el mal no tenia ya remedio, que la primera é irresistible impresion era á favor de Paquita, y argumentándole como buen amigo en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia, que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar de *su mantilla*.

La vuelta de París.



I.

No hace tantos años que un honrado vecino de Madrid tranquilo y satisfecho bajo el puro cielo que vió al nacer, dejaba correr sus dias sin tomarse gran pena por lo que pudiera existir mas allá del puente de Toledo ó de la venta del Espíritu Santo. Fingia ignorar pacíficamente que hubiese otras montañas que las del Guadarrama, y éstas creíalas azules, contemplándolas diariamente desde la plaza de palacio ó desde el campo del Moro. Alguna rara vez, es cierto, llegaba á hacer escepcion á tan monótona existencia, concurriendo á la funcion patronal de Vallecas ó á los novillos de Pinto; pero este suceso formaba época en su vida, y al volver á su casa en la desvencijada y bulliciosa calesa creíase otro nuevo Anacharsis, tendia el paño y comenzaba la relacion pintoresca de su viaje; decia entre otras cosas que el cerro de los Angeles mirado de cerca tiene diez leguas de altura, ó se estendia en pintar las costumbres y el sistema agrícola de Villaverde ó de Getafe; seme-